

Patrimonios erráticos

Roberto Marcelo Falcón

Université René Descartes
marcelo.falcon@ceaq-sorbonne.org

Apolline Torregrosa Laborie

Université René Descartes
apolline.torregrosa@ceaq-sorbonne.org

Resumen: Este artículo versa sobre la formación patrimonial como crisol de encuentros, de identificaciones que emergen en medio de un ritual que, ligando opuestos, abre fisuras seductoras en todo lo rígido. Hendiduras entendidas como matrices fértiles que revelan la secreta y viva unión de lo profundo, que ofrecen contactos con nuestro hogar trashumante del cual participan las memorias y pasiones. Ingresamos en una dimensión erótica en la cual el patrimonio es una vivencia lococéntrica, es decir, un lugar de convivencias cuyo clima sensible incide en las maneras de estar juntos.

Palabras clave: Convergencia, temperatura, matrimonio, fisura, identificación.

Abstract: This article turns on the patrimonial formation as an intersection of meetings, of identifications that emerge in the middle of a ritual that, tying opposite, opens seductive fissures in everything rigid. Cracks understood as fertile counterfoils that reveal the secret and alive union of the depth, that offer contacts with our migratory home of which memories and passions are part of. We join an erotic dimension which the heritage is an experience lococentric, that is to say, a place of convivialities which sensitive climate affects in the ways of being united.

Keywords: Convergence, temperature, marriage, crack, identification.

Fisura matrimonial

Podemos vivenciar la existencia de fisuras emergentes, sugerentes, seductoras y dinámicas en la superficie de todo lo instaurado, fijo, rígido, dogmático. Hendiduras sorprendidas y silenciosas que nos invitan a transitarles, a vivir trayectos curvos en los cuales es posible identificarse con todo aquello que nos hace respirar. Desarrollarse en estas experiencias encantadas es ser junto a los demás, realidad que integra nuestros recuerdos, deseos y



Figura 1: Eros Patrimonial. Fuente: Autores.

pasiones. Estos tránsitos personales y colectivos emanan una temperatura que acoge, revelándose como una matriz fértil que nos hace sentir en casa, en nuestro bello hogar itinerante, trashumante. Encuentros que posibilitan inmersiones erráticas, derivas seductoras, situaciones que generan y descubren fisuras sensibles. Aberturas que nos llevan hacia territorios donde sí es posible la formación colectiva ligada a las memorias vivas. En estos estadios que ligan experiencia, memoria y formación artística, se revela una real convergencia de lo disímil, de lo opuesto, de lo antagónico, de todo lo aparentemente imposible de ligar, pero que, sorprendentemente, allí está reunido y unido en una experiencia patrimonial. Invocar estas reuniones complejas hace posible la emergencia de un perfume, de una energía espiritual (Bergson, 2012), de una fuerza intangible que se revela como la puerta de entrada o fisura hacia experiencias de identificación. La formación patrimonial es una hendidura o pasaje que se transforma en un crisol de encuentros, de identificaciones múltiples que potencian la existencia de este hogar trashumante en el cual es posible converger para amplificarse. La aproximación natural y no construida de energías antagónicas, se nos revela como un matrimonio de opuestos o *matrimonium* (Maffesoli, 2010), como la secreta unión de lo profundo que un día se deja ver en la superficie de las relaciones cotidianas. Es así que la

inclusiva identificación de lo diverso a través de la formación patrimonial, se presenta como un ritual nupcial que evidencia la existencia de una temperatura grupal que crea y recrea espacios dinámicos de pertenencia. El lento, secreto y discreto acercamiento de lo heterogéneo, de las fuerzas encontradas, de lo femenino y masculino, del recuerdo y del olvido, genera una tensión creadora que entendemos como matriz fértil.

Estas uniones magníficas, paradójicas e inesperadas, no implican una transferencia de poder, no encarnan un traspaso de la ley del padre a una posible normativa de la madre, por ende, no significan una inversión de autoritarismos para continuar repitiendo dogmatismos. El matrimonio de lo disímil ligado a la formación patrimonial, es la experiencia de uniones sorprendentes que eyectan una temperatura, una atmósfera en la cual ingresa vitalmente lo colectivo. Esta potencia ardiente es la que secretamente organiza la vida social, es la fuerza que crea diferentes estadios de pertenencia. Situación que incluye las experiencias patrimoniales, entendidas ahora sí, como una resonancia natural –no proyectada o construida– emergente de la reunión heterogénea de personas. Tal pasaje de lo impuesto por la ley del padre a la reunión natural de personas, de hermanos, de sensiblemente próximos, es lo que está indicando la actual variación de lo social. Vivimos un cambio de época en la cual lo obligatorio, en relación al patrimonio, es felizmente ignorado por la potencia emergente de la reunión natural de personas entorno a todo aquello que consideran significativo. Dicho de otro modo, las relaciones de poder quedan desdibujadas, anacrónicas e insustanciales en relación a una potencia colectiva que nos invita a crear y recrear otras formas de estar juntos, que implican vinculaciones más sensibles. En este sentido, la formación ligada al patrimonio se desvela como una fisura inteligente y afectiva, como una experiencia colectiva que posibilita diversas identificaciones de lo heterogéneo. Pasaje o abertura que se puede transitar y que evidencia la presencia discreta de una atmósfera patrimonial que vive lejos de lo impuesto y lo proyectado políticamente, por lo tanto, se revela como una energía viva e inclusiva que da vida. El matrimonio de lo opuesto a partir de un movimiento natural nos invita a experimentar procesos formativos en los cuales es posible desarrollarse junto a los demás. Esta vivencia fraternal de la cual emana toda formación afectiva ligada al patrimonio, convirtiéndole en un escenario que genera ambientes inclusivos, experiencias que estimulan al desarrollo de múltiples identificaciones. Sería de este modo que la convergencia espontánea de personas, de sus imaginarios, de sus necesidades simbólicas, de su sensibilidad creadora, hace posible la existencia de nuestros hogares trashumantes. Podemos pensar que la colectiva inteligencia afectiva es una temperatura que celebra encuentros, entendidos como uniones sagradas que irradian la flama viva que nos inflama (Bachelard, 2011), que nos invitan a participar de experiencias formativas en las cuales logramos amplificarnos. Ajenos a toda imposición externa, la experiencia patrimonial y la formación ligada a ella, impulsan el despliegue orgánico de las personas, de la ecocomunidad. Situación que evidencia el pasaje de una fría identidad reductora a una cálida identificación que nos magnifica, experiencia en la cual es posible donarse a los demás (Maffesoli, 1990).

Temperatura fértil

Todo proceso formativo emergente de una fogosa inteligencia colectiva, abre fisuras en lo estanco, en lo tectónico, en lo rígido, en lo no natural. Genera vivas circulaciones por todas las capilaridades, porosidades o intersticios de lo dogmático. Corrientes nutritivas que oxigenan nuestros despliegues cotidianos junto a los demás, vivificando de este modo el cuerpo social.

Las experiencias patrimoniales son estas prácticas sagradas en las cuales podemos bucear, en las cuales vamos transmutándonos entretejidos a una marea de relaciones imposible de domesticar. Atmósfera, ambiente, pliegue intersticial de la vida que puede experimentarse como un hogar dinámico, incluyente y afectivo. Domicilio errante que se manifiesta como una fisura sensible que hace posible las convergencias de lo disímil, estas derivas fastuosas, lujosas y encantadas en las cuales estamos circulando. La miríadas de traslados erráticos dentro de esta temperatura patrimonial van conformado una notable cartografía natural, conectiva y «afectiva» (Falcón, 2010), en la cual crece la formación patrimonial. Estadio dinámico en el cual se evidencia una intensa «afectividad» patrimonial por convergencia de lo diferente, es decir, la aparición de un patrimonio que es resonancia de una combustión sensible. Condiciones en las cuales confluyen las potencias errantes en una experiencias matrimonial, en una reunión de hermanos, en una flama que les conjuga, les transforma. En esta ignición de lo diverso participa memoria, manifestación artística, formación e historias de vidas entretejidas. Escenario ardiente o ritual sacro que hace posible la existencia de una geografía tejida por experiencias colectivas, que se constituyen poco a poco, en fisuras formativas. Hendiduras que se nos han revelado como una temperatura inteligente y sensible que propicia viajes erráticos, trayectos dirigidos por un empirismo colectivo que se transmuta en vida patrimonial. En tal sentido, estas experiencias colectivas y conectivas, son una realidad simultáneamente consciente e inconsciente que se erige en oportunidad formativa.

Los patrimonios y la formación ligada a ellos, nacen, se enraízan en una temperatura fértil eyectada por la reunión de personas. Sustento cálido y ancestral que es una matriz que propicia nacimiento, que puede concebirse como una memoria amniótica, como un flujo nutritivo que da vida. Donde las comunidades, las tribus (Maffesoli, 2000), los diversos colectivos bucean en su riqueza, logrando extenderse vivamente. La formación patrimonial absorbe los nutrientes de este fluido materno o conciencia colectiva. Estamos ante una hierática vivencia formativa unida a un vivo ectoplasma ancestral, a una energía espiritual (Bergson, 2012), a una conciencia grupal que se dejar ver como conocimiento que posibilita pertenencias e identificaciones. En esta realidad la memoria es un humus necesario, una potencia fogosa que impulsa, que extiende, que amplifica a las personas cotidianamente. Por lo tanto, la formación patrimonial y el patrimonio embebidos de este magma ancestral, logran crear la cartografía sensible de nuestras relaciones, de nuestros imaginarios compartidos. Podemos entender que el espíritu colectivo es la conciencia del grupo, una ley poética que ofrece un conocimiento sensible, un flujo creador que da múltiples sentidos a las comunidades. Sustancia viva que se convierte en experiencia comunicable y formativa. En este sentido:

«Qui dit esprit dit, avant tout, conscience, Mais, qu'est-ce que la conscience? Vous pensez bien que je ne vais pas définir une chose aussi concrète, aussi constamment présente à l'expérience de chacun de nous. Mais sans donner de la conscience une définition qui serait moins claire qu'elle, je puis la caractériser par son trait le plus apparent: conscience signifie d'abord mémoire» (Bergson, 2012, p. 34).

Las memorias fértiles aparecen como un conocimiento sensible y colectivo, como una conciencia apasionada que conserva, que impulsa múltiples desarrollos de las personas y que enciende procesos formativos ligados a los imaginarios sociales. Realidad que logra evitar un radical y absoluto olvido, aquella que no podría conservar o atesorar ciertas experiencias vividas y mucho menos, impulsar procesos formativos. Irradiar implica arder desde un potencial vivo,

desde unas memorias activas. Si esto no fuera posible, moriríamos y naceríamos sin sentido a cada instante, por ausencia de conciencia, de memorias, de esta energía espiritual que verdaderamente nos sustenta (Bergson, 2012). Situación que implicaría deambular al margen de todo conocimiento colectivo que se revela como el fuego sagrado de la tribu, del ritual patrimonial, de aquella energía tangible e intangible que nos religa con nuestros orígenes y por eco, con el presente y el devenir. La vida desacralizada por ausencia de conciencia patrimonial, probablemente haría de las personas, de sus relaciones, de la educación, la sociedad y de todas sus manifestaciones, un *golem* (Maffesoli, 2010), un monstruo frío y discriminador que impediría las experiencias matrimoniales. Por lo tanto, las ceremonias patrimoniales y la formación, implican la invocación de las memorias, hacer venir los orígenes para ingresar y gozar en nuestra vida presente, en esta comunión cotidiana con el pasado y el futuro. La formación matrimonial como experiencia de unión fértil, logra tejer puentes conectivos entre los recuerdos, el instante vivido y el devenir. En esta dimensión la memoria es tierra fértil y fruto de la conciencia colectiva pero sobre todo, un matrimonio natural e instintivo que liga opuestos, que anuda lo intangible y lo tangible. Fuera de todo comportamiento automático, ciego e impuesto, la experiencia patrimonial emerge como memoria colectiva, como un cálido ritual natural de conjunciones. Vivencia sagrada que arde por contacto no proyectado, es decir, como efecto de una ebullición sensible que estalla. En esta dirección entendemos que la experiencia como perfume del patrimonio, de los recuerdos vivos, no puede construirse o proyectarse impositivamente, jamás puede ser un ejercicio obsesionado. La experiencia de unión compleja que implica el patrimonio se revela como una invitación a vivir procesos de desarrollo, instantes eternos de felicidad en una dimensión familiar. Formación y patrimonio se unen en un matrimonio vivo, en una experiencia de la cual brotan trayectos creativos en los cuales el aprendizaje, es una aventura rica en resplandecientes memorias. Es así que las memorias son estos fulgores que nos acompañan, este bosque de volcanes que en la noche entran en comunión con todas las estrellas del firmamento, ofreciendo un espectáculo de correspondencias mágicas, de fisuras que nos invitan. Perderse en esta cartografía cósmica es respirar identificados con el todo vivo. Vibrar con estas luces nocturnas es envolvernos en una constelación de memorias, de potencias patrimoniales que nos inyectan una energía espiritual que nos permite vivir compartiendo. Por lo tanto, los rituales patrimoniales y la formación constituyen una experiencia astral que se revela como oportunidad de continuación, de amplificación de lo que somos y de agradecimiento a nuestra raíz viva. En este matrimonio sideral las personas de todas las generaciones viajan voluntariamente, instintivamente, dibujando una cartografía ancestral concreta, difusa, confusa y mágica. Tejido vivo que fluye ofreciendo espacios de pertenencia. Transportarnos en estas realidades, participar de ellas, es experimentar una erótica colectiva, es vivenciar viajes lujosos que traspasan fronteras, que se despliegan en medio de un espacio ardiente que nos desafía al proponerse infinito.

Eros patrimonial

El patrimonio se constituye como un espacio de correspondencias que nos impulsan a entretrejernos en una miríada de relaciones con los demás. En este sentido, fomenta otros estadios de convivencias, diferentes maneras de estar juntos, de experimentar una socialidad más cercana y dialógica. Por ello, podemos notar este paso del logocentrismo al lococentrismo (Maffesoli, 2009), es decir, un pasaje de relaciones individuales centradas en el logos, a una convivencia de personas entretrejidas en un lugar afectivo. En efecto, el espacio actúa, incide en los modos de convivencia, posibilita que las personas se anuden sensiblemente,



Figura 2: Eros Patrimonial. Fuente: Autores.

cálidamente. Estos estadios se revelan como otra atmósfera, como un clima sensible que nos aglutina naturalmente. Se genera así un contagio energético y afectivo nacido desde las propias interacciones personales, desde el grupo que se conforma, desde el mismo espacio que participa de esta temperatura colectiva y creadora. Mágico contagio que ofrece la emergencia de otra forma de convivencia, de una realidad que evidencia un ardor grupal y solidario, una orgía colectiva que se dejar ver en cada ritual patrimonial. Estamos ante la presencia de un ambiente, atmósfera o dimensión activa en la cual las personas logran apoyarse mutuamente, logran generar una dimensión a la cual pertenecer. Situación que se descubre como erótica social, como una pasión colectiva que expresa un sensualismo grupal y local (Maffesoli, 2008, p. 746). Circunstancias que hacen evidente la existencia de una solidaridad, de una afectividad compartida que une las personas que habitan el mismo espacio. Felix Guattari (1989) nos habla de eros del grupo, que se refiere a esta implicación afectiva de las personas en su colectividad. El patrimonio justamente reúne las personas generando una dimensión afectiva, experiencia que ofrece cuando dicha reunión provoca una temperatura fértil. Esta solidaridad, esta fertilidad, esta dimensión grupal, convoca los opuestos, reúne lo diferente, no en un sentido de rivalidad, sino en una afección que les aglutina. Desde esta posición, la diversidad de personas confluye en los mismos imaginarios compartidos, vivencia que siempre les desarrolla, les amplifica. Estamos ante un espíritu grupal que demuestra la presencia de una energía contagiosa, de una potencia colectiva que les anuda o reúne misteriosamente. Bien podemos comprenderle como el advenimiento de un inconsciente colectivo, de un fluido grupal que tiñe los rituales patrimoniales, de una temperatura o eros tribal que se propaga entre las personas. Energía que posibilita la existencia de una alfombra mágica o vehículo imaginario que les transporta. En estos climas patrimoniales indudablemente nos fundimos en los otros, generando una expansiva ósmosis creativa y formativa.

Podemos observar que estas relaciones complejas, naturales y rituales son experiencias intensas que logran organizar silenciosamente, discretamente y muchas veces explosivamente, la vida social. Vivencias que reactivan las emociones, lo afectivo, y que entendemos como la fuerza arquetípica que potencia el reencantamiento del mundo. Ambiente de restauraciones en la cual se entretejen los imaginarios personales y colectivos, revelados como las potencias activas e imaginativas de la vida «societal». Estas fuerzas son energías sensibles, vehículos mágicos, alfombras sensuales que irrigan las comunicaciones ordinarias y que se presentan si se las invoca, en las experiencias patrimoniales y formativas. Es este fluido colectivo o cuerpo espiritual de la sociedad que da vida al estar juntos y todas sus resonancias. La vida del conjunto es este ardor, esta erótica social que emerge naturalmente. Potencia arquetípica que emerge como un ectoplasma *imaginal*, generando atracciones y repulsiones como lo indica Michel Maffesoli:

«C'est en cela que la postmodernité inaugure une forme de solidarité sociale qui n'est plus rationnellement définie, en un mot «contractuelle», mais qui au contraire s'élabore à partir d'un processus complexe fait d'attractions, de répulsions, d'émotions et de passions. Toutes choses qui ont une forte charge esthétique. C'est la subtile alchimie des «Affinités électives», bien décrites par Goethe, que l'on transpose ici dans l'ordre du social. Ou encore la sympathie universelle de l'homme avec son environnement naturel, qui conforte son empathie particulière avec l'environnement communautaire» (1990, p. 15).

En esta dimensión, estamos ante relaciones personales que implican un proceso natural de atracción y de repulsión, ante dinamismos donde es posible donarse y apartarse según afinidades. Las energías emocionales fluyen entre las personas al estar juntas en diversas situaciones, como las patrimoniales y formativas. Aquí las afinidades electivas que comparte Goethe (1954) constituyen un cierto magnetismo, una atracción que va más allá del control de la razón, de toda planificación o proyecto, ya que constituyen una potencia más amplia e indomable. Las relaciones patrimoniales y formativas, cuando son eco de estas fuerzas indómitas, naturales e instintivas, hacen posible múltiples ingresos en otros estadios de lo real. Las atracciones y repulsiones intuitivas organizan los encuentros personales e inciden en sus correspondencias evidentes y secretas. De esta manera, propician la expansión de un eros grupal, de un perfume tribal que dibuja estadios de convivencia. Respirar en estas esferas «societales» es participar de una seducción que nos cautiva, de una erótica social (Maffesoli 2012) donde se establecen nuevos lazos sociales, comprendidos como eco del estar juntos. Atracción que se genera como resonancia de un aura colectiva, de un aroma casi secreto que emanan los rituales patrimoniales y formativos. Fragancia mágica que revela y oculta, que se hace presente en diferentes efervescencias culturales. Por lo tanto, el patrimonio es esta experiencia matrimonial que liga opuestos, que une lo visible y lo invisible, que oculta y que muestra. En lo cotidiano, estamos ante una diversidad de potencias patrimoniales que aparecen, que se ofrecen y que entre lo consciente y lo inconsciente de nuestras acciones, perduran. Además, podemos agregar que Georg Steiner (1997) recuerda que existe la parte oscura de la cultura, es decir, la presencia de sus horrores que también están en el origen de las diversas ebulliciones culturales. En este sentido, muchos patrimonios están ligados a las guerras, luchas de independencias, muertes o diversos episodios oscuros. Dentro de este estadio, notamos que aquello que nos fascina de las relaciones humanas, es este entrelazamiento de lo lumínico y lo oscuro, entre lo que ordena y desordena. Por ende, la erótica social ligada a esta realidad, también transportaría estas potencias opuestas, que se revelan como los polos necesarios para celebrar estos matrimonios, estas confluencias de lo disímil. El clima sensible compartido también nos recuerda la barbarie de lo humano, realidad que no hay que desinfectar. El estar juntos siempre es una conmoción, una unión que genera movimiento emocional, una excitación colectiva y personal que produce contagio. En las palabras de Georges Bataille:

«Ce sont des contagions d'énergie, de mouvement, de chaleur ou des transferts d'éléments, qui constituent intérieurement la vie de ton être organique. La vie n'est jamais située en un point particulier: elle passe rapidement d'un point à l'autre, comme un courant ou comme une sorte de ruissellement électrique» (2009, p. 111).

En definitiva, podemos establecer que la formación y el patrimonio entendidos como experiencia matrimonial, convocan la unión de los opuestos, de lo encontrado, de lo disímil, de lo diverso. Estamos ante un crisol de confluencias, de identificaciones, de fricciones creativas y expansivas. Realidad que genera una temperatura que abre fisuras en la superficie de lo establecido, de lo rígido, de lo que impide. Emergencias o pasajes a través de las cuales nuestras memorias activas participan de la organización cotidiana de la vida «societal». En este sentido, la formación patrimonial es una experiencia de unión sensible y racional, material y espiritual. Dimensión en la cual el patrimonio es una vivencia «lococéntrica», es decir,

un lugar de convivencias cuyo clima sensible incide en las maneras de estar juntos. Aquí la atmósfera afectiva posibilita procesos de atracción y repulsión, un vaivén erótico de correspondencias que hacen perdurar nuestras memorias. En tal estadio, la parte oscura de nuestras relaciones, de nuestra cultura, participa del aura colectiva encarnada en los rituales patrimoniales y posmodernos; potencias que abren fisuras sensualmente conectivas durante el juego de vida y muerte, de memoria y olvido.

Apertura: ontofanía sensible

La vivencia de lo imaginario es una inmersión en la temperatura colectiva, en un ardor que aparece en tiempo presente y que hace del patrimonio, una viva ontofanía, una experiencia mágica. Participar de este clima emergente es vivenciar el misterio patrimonial como realidad que atrae, invita y nutre. El patrimonio se revela como vida compartida, como una flama que florece con sus raíces desplegadas dentro de un inconsciente común, es decir, en el interior de una tierra asombrosa plena de nutrientes. Estamos en un estadio activo en el cual las manifestaciones patrimoniales, se revelan como ecos que circulan transformando las realidades «*sociales*». El patrimonio es un movimiento simultáneamente profundo y superficial, una intensidad que hace posible la existencia de fisuras, de pasajes que nos conectan con otros lugares de la vida social. En tales espacios curvos, múltiplemente alabeados, es posible desarrollar viajes errantes, trayectos que nos invitan a desplegarnos juntos a los demás de un modo natural y ritual, por ende, no construido, no proyectado. Experiencias misteriosas que se propagan encendiendo todo lo que participa de su calor, de su fulgor. El patrimonio arde, florece y da sus frutos en cada liturgia que le invoca. Por ello, se puede vivir como una sinfonía sacra, como un coro de voces que invita a la fusión colectiva, a una orgía de lo heterogéneo que logra abrir pasajes misteriosos. Erótica «*social*» que entendemos como comunión de lo diverso, como aroma que se entrega, como ritmo que se ofrece. Circunstancias que estimulan a las personas a entretejerse entre sus cadencias, en sus maravillosas resonancias enigmáticas. El patrimonio, su experiencia y la formación ligada a ello, se devela como un palimpsesto poético, como un universo de múltiples reescrituras sensibles, como un secreto susurrado a nuestro interior. Estamos ante la presencia de una poesía híbrida, muchas veces secreta, que se convierte en los ojos de las personas, de lo «*social*», de la sociedad, de la humanidad. Los ecos del patrimonio son reflejos de una fusión colectiva, de una potencia fusionada que conforma diferentes atmósferas que es posible habitar. Climas sustentados en una tierra fértil, en una energía colectiva donde el patrimonio entierra sus raíces para devenir experiencia compartida. Estos ambientes son trayectos muchas veces discretos, vivencias que propician una embriaguez grupal que envuelve y transporta. La experiencia patrimonial es un agua ardiente que hace posible estar juntos creativamente, lúdicamente, respirando un vaivén entre lo visible e invisible. Ritmo mágico que invita a participar de un juego entre memoria y olvido, encuentros y despedidas, vida y muerte. Donarse en tales inmersiones, es deslizarse por una cadencia de presencias y ausencias, es participar de un sueño que despierta. Hipnotizarnos en la experiencia patrimonial es ingresar en lugares vivos y simbólicos, en estadios imaginarios en los cuales confluyen conciencia e inconciencia, las luces y las sombras de nuestro estar juntos. Esta actividad emana un ritmo, una resonancia que participa de las reuniones instintivas, de una ontofanía sensible que nos confunde amplificando lo que somos.

Eros sagrado de nuestras sociedades, fuego que les enciende y multiplica, que deviene una colectiva poesía cotidiana. Finalmente, el patrimonio es una experiencia que une opuestos, que vincula lo real y lo imaginario, lo material y lo espiritual, en una ceremonia creadora. Vivencia colectiva y sensible que nos adormece para despertar en otros estadios de lo real. El patrimonio, su experiencia y la formación artística, es el sueño de la conciencia que aparece cuando ésta se aventura a emigrar, a traspasar sus límites.

Bibliografía

- BACHELARD, G. (2011): *La flamme d'une chandelle*. Quadrige, Paris.
- BATAILLE, G. (2009): *L'expérience intérieure*. Gallimard Tel, Paris.
- BERGSON, H. (2012): *L'énergie spirituelle*. Petite Bibliothèque Payot, Paris.
- FALCÓN, R. M. (2010): *Sentido del proyecto afectivo*. Tesis doctoral, Universidad de Barcelona. Disponible en: <http://www.tdr.cesca.es>
- (2011): «Despertar durmiendo», *Revista Ariel. Filosofía del Uruguay*, 9. Disponible en: http://arielenlinea.files.wordpress.com/2011/12/42_despertar.pdf
- (2012): «Formación errática», *Revista Ariel. Filosofía del Uruguay*, 11. Disponible en: <http://arielenlinea.files.wordpress.com/2012/12/ariel-111.pdf>
- GOETHE (1954): *Les affinités électives*. Gallimard, Paris.
- GUATTARI, F. (1989): *Les Trois Écologies*. Editions Galilée, Paris.
- MAFFESOLI, M. (1990): *Au creux des apparences*. Plon, Paris.
- (2000): *Le temps des tribus*. La table ronde, Paris.
- (2008): *Après la modernité?* CNRS éditions, Paris.
- (2009): *Le réenchantement du monde*. La table ronde, Paris.
- (2010): *Matrimonium, Petit traité d'écologie*. CNRS Editions, Paris.
- (2012): *Homo eroticus*. CNRS éditions, Paris.
- TORREGOSA, A. (2012): «Reversibilité de l'éducation: de la raison à la résonance, Sociétés», *Revue des Sciences Humaines et Sociales, Aux interstices de l'éducation*, 118.